



Homenaje a Roberto Cunningham

Roberto E. Cunningham era Doctor en Ciencias Químicas, con orientación tecnológica, egresado de la Universidad Nacional de La Plata en la Argentina. Desde 1992 se desempeñó como director general del Instituto Argentino del Petróleo y del Gas. También fue gestor del Área 3 de promoción del Desarrollo Industrial del Programa Iberoamericano de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo (CYTED); dirigió más de 20 proyectos de desarrollo en el campo de la Ingeniería Química y la Energía, y transfirió sus resultados al sector productivo.

Durante más de 30 años fue profesor titular de la cátedra de Industrias Químicas de la Universidad Nacional de La Plata. Además fue director de Desarrollo de Atanor S.A. donde tuvo a su cargo las gerencias de Investigación y Desarrollo y de Ingeniería, desempeñándose también como miembro del Directorio en Petroquímica General Mosconi, Fenargen y Tecnor S.A. Era vicepresidente de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

y presidente de la Sección Ingeniería de dicha Academia (ANCEFN). En 2001 recibió el Premio Consagración como Líder Tecnológico del año, entregado por la Fundación para la Interacción de los Sistemas Productivo, Educativo, Científico y Tecnológico (FUNPRECIT). En 1967 recibió el Premio Dr. Enrique Herrero Ducloux, otorgado por el Consejo Profesional de Química de la Provincia de Buenos Aires y en 1966 recibió el Premio Dr. Jorge Magnin, otorgado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET). También fue *Chartered Engineer* del Engineering Council de Londres y *Member* de la Institution of Chemical Engineers (Londres), por concurso; como así también *Member* de The Chemical Society (Londres).

Una de sus obras cumbres fue el *Sainete Criollo de Inocencio Ricerca y Empresio Mandattori (tecnología, tango, fútbol y otros menesteres)*. Esta obra fue interpretada en el acto inaugural del último Congreso sobre Innovación Tecnológica realizado en Buenos Aires y trata del diálogo entre un investigador y un empresario, mostrando los clásicos equívocos entre Universidad y Empresa. Pero éste es sólo un ejemplo de más de una decena de publicaciones en su haber, entre las que se destaca *La energía. Historia de sus fuentes y transformación. Civilizaciones y termodinámica* que fue publicado por el IAPG.

Hasta aquí se presentó la información rigurosa que acompaña a la conmemoración de una persona que supo desempeñarse en múltiples funciones y actividades. Pero lo escrito no alcanza, no llega a cubrir lo que el Dr. Cunningham significó para quienes lo conocimos y es muy difícil volcar al papel todo lo que hay para decir acerca de él. Entonces se da un fenómeno poco conocido entre los lectores: la revista se queda sin palabras. Desde *Petrotecnia* nos ha parecido que lo correcto es ceder nuestras páginas a quienes lo acompañaron a lo largo de su vida, tanto como colega de trabajo, como jefe, como amigo o como profesor. Ellos, con sus notas, lograron iluminar distintas facetas del Doctor, que ayudan a entender por qué lo vamos a extrañar tanto. Nos resta darle las gracias una vez más a REC (como lo llamábamos aquí), por su dedicación absoluta al IAPG e individual a cada uno de los que formamos parte del Instituto.

Cunningham como colega

Enrique Pourteau
Ex presidente del IAPG, período 2006

Si bien mi relación personal con Roberto comenzó hace muchos años, fue durante mi paso por la presidencia del IAPG donde pude compartir algunas de las muchas facetas de su vida.

Creo que su manera de razonar, propia de un científico, lo llevó a desarrollar otras actividades, culturales y sociales, con un criterio investigador y detallista, lo que le permitió llevar adelante varias actividades conducidas según la orientación del rigor científico.

Me sorprendió su conocimiento y su facilidad para las letras, un don de muy pocos, que le permitió abordar con altura temas simples y cotidianos.



El sainete del Sainete (Roberto Cunningham: tecnología, fútbol, tango y otros menesteres)

Susana Borgato
Secretaria de Cunningham durante 16 años

Un día apareció por la oficina (venía de un viaje por Centroamérica) comentando una presentación que había visto, preparada por un investigador para vender un producto. Entre jocoso e indignado decía que el presentador había comenzado por la fórmula química del producto y se había perdido en todo tipo de informaciones que no servían para nada.

Dijo: "Voy a escribir un diálogo y lo voy a presentar a la Comisión de Innovación Tecnológica".

El diálogo comenzó teniendo una página. Al día siguiente ya tenía tres páginas y así sucesivamente hasta convertirse en el *Sainete Criollo de Inocencio Ricerca y Empresio Mandattori (tecnología, tango, fútbol y otros menesteres)*, obra esta que tiene 42 páginas y que es muy solicitada en el ámbito universitario y académico, ya sea en su versión impresa como en su versión en DVD.

En el seno de la Comisión, que ese año estaba organizando el Congreso de Innovación Tecnológica, surgió la idea de que, en lugar de una conferencia magistral para inaugurar el Congreso, se hiciera una presentación del *Sainete*. Esta propuesta le desató un entusiasmo tal que minuto a minuto aparecían nuevas ideas como condimento del diálogo. Así surgió incorporar imágenes de personajes mencionados en el texto, fotos, tangos y... la grabación del gol que le hicieron los uruguayos a Brasil en no sé qué año (además de la voz del zorzal criollo).

Yo le decía que algún día iba a escribir "El sainete del Sainete" porque realmente su confección fue eso: venir todos los días con la versión del día anterior nuevamente



Cunningham, el profesor

Daniel O. Palomeque
Ex alumno de Roberto Cunningham

Tuve la dicha de ser alumno de mi amigo el Dr. Roberto Cunningham. Eso fue en la Universidad Nacional de La Plata, en los setenta, lugar y época en que los hombres y mujeres adquirían naturalmente una designación inequívoca. Roberto era una de esas personas que no ofrecían dudas: él fue, por sobre todas las cosas, un hombre excepcional.

La autoridad académica emana del conocimiento y no es entonces casual que las clases del Dr. Cunningham fueran tan claras y amenas, como decíamos entonces de manera algo ingenua, tan fáciles. Él era capaz de hacer que los alumnos relacionáramos, de forma natural, los detalles asociados a los complejos elementos del diseño de reactores con el todo que planteaba su materia acerca de la reacción química en el ámbito industrial.

Roberto respetaba a sus alumnos y más allá del conocimiento de la materia en estudio se interesaba por cuánto sabían de “otras cosas”: qué leían, cómo razonaban la trágica realidad de aquellos días, cómo se explicaba la lógica de un resultado deportivo y otras cosas tan absolutamente importantes como resolver las complejas ecuaciones diferenciales a que nos exponía.

El Dr. Cunningham pretendía que sus alumnos construyeran el conocimiento, como diría Teilhard de Chardin, “para saber, pero también... y más aún para poder”. Como todos los hombres inteligentes, él no podía dejar de señalar, de manera coherente y con un dinamismo excepcional, la relación entre la Ciencia y la Humanidad.

La vida profesional, a través del IAPG, me puso años

corregida, con las fotos y con la música, con el fútbol, con el tango y... ¡con los ensayos!

En un momento dado teníamos por un lado el diálogo y por el otro tres presentaciones en power point. En una aparecían los personajes que él admiraba (Jorge Sabato, Florencio Escardó, Newton, Galileo –entre otros muchos– y... ¡el que le hizo el gol a los brasileños!), en otra las fórmulas químicas y en otra una mezcla de fútbol, tango y fotos de Buenos Aires, antiguas y modernas.

Cuando hacíamos los ensayos nos costaba mucho coordinar el diálogo con las presentaciones ya que no todos apretábamos las teclas correspondientes en el momento justo, por lo que se generaban situaciones realmente disparatadas, hasta que conseguimos un experto multimedia que nos solucionó el problema¹.

Las fotos fueron otra historia porque habíamos bajado una serie de fotos de Internet y un día me llaman de la imprenta para preguntarme si tenían *copyright*, porque si lo tenían podríamos llegar a tener problemas. Se lo comenté pensando que me iba a decir: “retiremos todas las fotos”; pero en su lugar me dijo: “agarremos la máquina fotográfica y vayamos a sacarlas nosotros”. Es así que con Javier (Saberio) nos fuimos los tres a La Boca, corriendo, como era su estilo. En el camino nos mostró el bodegón donde se comía el mejor salami picado fino y la taberna donde se tomaba la mejor cerveza.

El *Sainete* en sí es un éxito pero, además, su confección es un fiel reflejo del entusiasmo que ponía en todas las cosas y su título es un resumen de su vida: tecnología, fútbol, tango y otros menesteres. Entre los “otros menesteres” estaba ser director general del IAPG, vicepresidente de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, coordinador internacional del CYTED, presidente del Funprecit, en fin... lo vamos a extrañar.



más tarde nuevamente frente a mi querido maestro y confieso que disfruté, en cada reunión como en cada almuerzo, de la implacable inteligencia que me deslumbraba en mis años de estudiante.

Recordando al Dr. Roberto Cunningham

Eduardo J. Rocchi

Ex presidente del IAPG, período 1984-1998

Fui presidente del Instituto Argentino del Petróleo a mediados del año 1984, cuando su director general era el Ing. Raúl Mucci, excelente colaborador junto con la totalidad del personal del entonces IAP.

Lamentablemente en 1992 falleció Mucci y su reemplazo no fue sencillo. La comisión directiva del Instituto decidió iniciar su delego a través de una compañía especializada, la cual luego de un tiempo no muy prolongado recomendó al Dr. Roberto Cunningham, quien resultó buen conocedor de la industria del petróleo y del gas, ya que su posición anterior era la de gerente de Atanor. Encontré en Roberto un colaborador de primera. Ya adaptado a la industria –pero también conocedor de la historia popular porteña: tango y fútbol– nos dedicamos a cumplir dos objetivos:

- 1º) Editar la revista del IAP con medios propios.
- 2º) Incorporar a nuestro organismo la industria del gas ya privatizada con el éxito conocido.

El primer objetivo se logró con facilidad. Roberto encontró en Carlos Albano al editor mejor calificado al frente de *Petrotecnia*. Se dotó a Carlos con los medios adecuados y se dispuso establecer una nueva comisión: la de publicaciones.

En cuanto al tema gas, la diplomacia de Roberto y mis años de experimentado petrolero lograron (no sin esfuerzo) que las nuevas empresas de la industria del gas se incorporaran al Instituto. A partir de ese hecho, éste se convirtió en el Instituto Argentino del Petróleo y del Gas (IAPG). En paralelo, se debió realizar una política de acercamiento a las autoridades provinciales y nacionales en relación con la energía.

La prioridad fue la Secretaría de Energía y los organismos reguladores del gas y de la electricidad. En este sentido, Roberto fue también un excelente colaborador.

Acción similar se logró con el IRAM, con quien coordinamos diversas normas en relación con la industria. Incorporadas las nuevas empresas de gas, que ocuparon diversos puestos en la comisión directiva, nació la idea de realizar en un futuro no muy lejano, un congreso mundial del gas en la Argentina con preferencia en Buenos Aires.

Con Roberto y el Ing. Bechelli (ducho en estos casos), nos lanzamos al logro de nuestra idea. En otro aspecto de nuestra actividad, acompañamos a la comisión argentina del “World Energy Council”, entonces presidido por el Ing. Carlos Pierro.

Esta comisión ya estaba trabajando para lograr la realización del Congreso Mundial de la Energía en Buenos Aires. En otro orden, con Roberto comenzamos a imaginar la expansión en espacio del IAPG. La compra del 4º piso del edificio sede y la instalación de un espacio para la cocina bien provista para atender las necesidades de los miembros de las diferentes comisiones internas. La inten-



ción no era preparar las viandas, sino cocinar las recibidas de proveedores externos y distribuirlas adecuadamente.

En nuestro deseo de alcanzar la nominación de nuestro país en el tema “World Gas Exhibition and Conference” realizamos varios viajes al exterior. Nuestra estadía en Canadá nos permitió conocer un país encantador y en constante progreso. Previo a estas actividades tomamos contacto con ARPEL, el organismo de las compañías estatales de petróleo no sólo latinoamericanas sino también europeas. Su presidente era el ciudadano brasileño Ing. Álvaro Teixeira. Con él y Roberto viajamos a Cuba y a Ecuador.

Debo aclarar que el viaje a Cuba fue el 22 de mayo de 1995 y a Canadá el 7 de julio de 1996. En Calgary debía exponer la situación energética de la Argentina. Una faringitis lo impidió. Roberto me reemplazó con toda solvencia. En otra oportunidad, asistimos al Congreso de World Petroleum de Washington, con una inolvidable estadía: Roberto, gran conocedor de esta ciudad, se convirtió en guía de primera.

Ya en el año 1997, en la sede de la calle Maipú, los trabajos de reforma del 4º piso se habían iniciado, siempre con el beneplácito de la comisión directiva. Luego de catorce años como presidente entendí que ya había cumplido mi ciclo, y me retiré.

Roberto siguió adelante demostrando sobradas condiciones para desempeñarse en el cargo que ocupaba.

Fue una persona íntegra, con grandes inquietudes literarias que las plasmaba en innumerables escritos relacionados con su profesión. Un libro también ha quedado como testigo firme *Biocombustibles: Una mirada al mundo y en especial a la Argentina*.

Roberto: ya está usted recorriendo otras sendas. Como decía Robespierre: “La muerte es el comienzo de la inmortalidad”. A Edith y familia deseamos que reciban la paz y armonía necesarias que la vida les ofrece.

Roberto Cunningham “no tiene reposición”

Horacio Salas

Autor del libro Centenario del petróleo argentino



Como suele ocurrir con los amigos, aunque la muerte lo rodeaba, no queríamos resignarnos y contra toda lógica, esperábamos el milagro que no ocurrió. Roberto me llamó cuatro o cinco días antes y sentí sus palabras como lo que en realidad eran: una despedida. Al final de la charla, corta, porque ambos sabíamos que el optimismo que demostrábamos era falso, le propuse seguir la conversación en su casa de City Bell; me respondió con un dejo de tristeza en la voz: “Cuando me sienta mejor, te llamo, por ahora tengo tantos altibajos que de pronto te costeás y apenas vamos

a cambiar dos palabras porque todavía, pese al tratamiento, hay días en que no estoy bien, mejor lo dejamos para más adelante”. Lo dijo sin mencionar sus dolores. Percibí que trataba de preservarme y que su llamada había sido un gesto, el último de su íntima y generosa amistad.

Desde que me avisaron el final comenzó a crecer dentro de mí una ausencia que me hizo pensar en la frase de “Barquina” (Francisco Loíacono, mítico periodista del antiguo diario *Crítica*), cuando en el velorio de Homero Manzi le confió a Cátulo Castillo: “Esto no tiene reposición”. Roberto tampoco. Esa mañana comprendí de golpe que su riqueza de anécdotas, de chistes, de palabras al vesre, de continuas referencias a las letras de los tangos y al lunfardo y su impresionante erudición se acabarían para siempre, lo mismo que nuestras comunes confidencias. Ya no lo vería orgulloso con un triunfo de Estudiantes, o cuando entusiasmado con algún logro de su equipo cantaba a media voz: “Sí, sí señores/ yo soy del pincha/ yo soy del pincha de corazón/ porque este año desde La Plata, / desde La Plata, salió el nuevo campeón”. Porque Roberto Cunningham, más allá de su merecido prestigio internacional como científico y sus nutridos logros académicos, nunca –en el fondo– dejó de ser al mismo tiempo un “tablonero” que disfrutaba conversando sobre fútbol o al evocar sus tiempos de redactor de la revista *El Gráfico*, cuando la dirigía Dante Panzeri, quien le había enseñado cómo mirar un partido, cómo entender la ubicación de los jugadores o la manera correcta de parar un equipo en la cancha. Y Roberto,

en charlas con amigos, volcaba aquel antiguo aprendizaje con la misma actitud didáctica tan seria y erudita como cuando explicaba en textos y conferencias los temas de sus especialidades energéticas en los rincones más distantes de la tierra. Desparramaba sus múltiples conocimientos con generosidad y solía comentarme sus lecturas, en algún momento constantes, sobre la misma existencia de Dios. Recuerdo un copioso almuerzo (porque Roberto también se entusiasmaba con la buena mesa) durante el cual realizó una minuciosa interpretación de textos religiosos desde la mirada de la ciencia empírica, con enfoques originales y comparaciones propias que tomaban ejemplos de las estrategias futbolísticas para referirse a temas teológicos.

Conocí a Roberto en 1980, durante mi larga estadía en Madrid. Yo había sido designado secretario ejecutivo de la protocomisión de Ciencia y Técnica del Quinto Centenario del Descubrimiento de América (conocida luego con la sigla CYTED-D). Se buscaba un científico latinoamericano que poseyera algunas cualidades: conocer el desarrollo y la prospectiva de las nuevas fuentes de energías alternativas en el mundo, que estuviese empapado de las peculiaridades de nuestro continente y poseyera la suficiente autoridad y amplitud de criterio científico como para que le fuese adjudicada esa responsabilidad. Por esos días visitaba España un antiguo compañero de los días en que me desempeñaba como jefe de prensa de YPF; le pregunté sin expectativa alguna si conocía algún compatriota que reuniera esas características y me hiciera quedar bien. Sin

dudarlo, me sugirió el nombre de Roberto Cunningham. La necesidad de cubrir la única especialidad que restaba hizo que me dieran carta blanca para que lo citara a una reunión en Madrid. En pocos días Roberto viajó a la Península y bastó un encuentro con la comisión para que se advirtiesen su notable experiencia y avanzados conocimientos técnicos. Durante el almuerzo de trabajo con que los españoles acostumbran cerrar todos los tratos, logró la unanimidad de la plana mayor de la investigación científica en España, los subyugó con su simpatía y su don de gentes. Durante años la responsabilidad y eficacia de sus proyectos hicieron el resto.

Desde el primer apretón de manos cuando lo recibí en el aeropuerto de Barajas y tras unas pocas impresiones sobre generalidades, ambos (lo supe años después) intuimos que seríamos amigos. No nos equivocamos. A causa del CYTED-D, debimos llevar a cabo varios proyectos y realizar varios viajes por Latinoamérica, lo que nos permitió estrechar nuestra amistad, tanto que para cuando regresé a la Argentina ya era como si nos hubiésemos conocido en la infancia y entonces no fue preciso compartir un trabajo para alimentar el hábito de vernos con frecuencia. Y así siguió hasta que Roberto enfermó y prefirió el teléfono a los encuentros personales.

Por estos pocos flashes de la memoria, podrá entenderse que recurra a un viejo verso de Borges para cerrar este recuerdo: *"Su ausencia me rodea/ como cuerda que abarca una garganta"*. No es retórica. Supongo que le pasa a muchos.

Roberto E. Cunningham

Jorge Ferioli

Ex presidente del IAPG, período 2002-2004



Muchas veces se piensa que al referirse a quien colaboró con uno debe hacerlo desde el aspecto laboral, para luego rescatar sus condiciones personales.

Con Roberto siento exactamente lo contrario, más allá de su gran eficiencia como conductor, de sus reconocidos

conocimientos profesionales, de su capacidad de gestión, se erguía la figura de una persona de bien, que es lo que más valoro.

Un gran ser humano, honesto, emprendedor, persistente, una gran persona, abierta al humor, a la amistad y a la comunidad en general.

Siempre aportando ideas claras, con su personalidad multifacética al escribir *Sainete Criollo*, fue capaz de encontrar los denominadores comunes entre sus tres pasiones: la tecnología, el fútbol y el tango.

Roberto ha logrado vencer al tiempo y al espacio, su legado trascenderá por siempre y tendrá un espacio en el recuerdo y en el corazón de todos los que tuvimos el honor de conocerlo.

Trabajando con don REC

Oscar H. Secco

Ex presidente del IAPG, período 1998-2002

Trabajar con don REC, como yo lo llamaba, era y no era fácil. No era fácil porque nuestros mecanismos internos funcionaban en formas un tanto diferentes, era muy fácil porque con su inteligencia, su conocimiento del Instituto y su don de gentes allanaba las diferencias. Además nos hermanaba la astrología: ambos éramos del 27 de mayo y en esto yo le ganaba por dos años. No voy a hablar de sus variados intereses porque seguramente otros lo harán: era muy natural que desde su estirpe irlandesa se interesara en el tango, en el fútbol y en tantas otras cosas de nuestro país. Sin declamarlo REC quería a esta tierra: nunca lo oí quejarse “de este país”.

Trabajando juntos introdujimos algunas novedades en el IAPG que contaron con su total entusiasmo. Una de ellas fue gestar el IAPG Houston, cuyo objetivo era ser una base de contacto permanente con aquella ciudad,



especialmente para las provincias petroleras. Tanto que hasta intentamos hermanar a las ciudades de Houston y Comodoro Rivadavia para crear ese redituable vínculo que suele existir entre ciertas ciudades. Hoy, el IAPG Houston continúa su exitosa existencia.

Otro proyecto fue modernizar al Instituto a través de la contribución de las familias de tres figuras señeras del sector en las décadas del 70 y del 80: Alejandro

Bulgheroni, Egon Ostry y Carlos Perez Companc. Con el apoyo de las dos primeras logramos potenciar la Biblioteca y modernizar totalmente el Salón de Presentaciones del Instituto. Queda aún pendiente materializar el recuerdo del tercer personaje: don Carlos, misión que les queda a los sucesores de REC. Para ello es necesario primero desarrollar un proyecto atractivo, se me ocurre que debería ser algo importante vinculado con Investigación que sirviese para reavivar el interés en este tema. Estoy seguro de que a REC le encantaría.

Recuerdo también la defensa que hizo REC para que el IAPG se quedase en el más que centenario edificio de la calle Maipú. La alternativa era mudarse a oficinas más modernas y funcionales. REC pensaba, y yo coincidía, que el carácter del edificio actual era parte de la personalidad del Instituto y que se perdería en el cambio. Además ayudábamos a la conservación de un edificio característico del Buenos Aires de fines del siglo XIX, con su ascensor forrado con paneles de roble de Eslavonia.

Como ambos llegábamos temprano al Instituto, él de su casa y yo del CUBA, teníamos una tranquila media hora para hablar sin la interrupción de teléfonos ni de visitas. De estas reuniones matinales, provechosas para la marcha del Instituto, me quedan muchos recuerdos gratos y además siempre aprendía algo del académico don REC. Su partida empobreció a todos aquellos que disfrutamos de su cálida amistad. ■

Notas

1. A esta altura del relato es bueno mencionar la invaluable colaboración que tuvimos por parte de Claudio Moreno, integrante de la Comisión de Innovación Tecnológica y participante activo de la puesta en escena del *Sainete*.